



EL PROBLEMA DE LA HISPANIDAD

POR

JUAN FRANCISCO YELA

FILOSOFIA E HISPANIDAD

El que está condenado por Dios a ser filósofo, a empezar, como el ave de Minerva, su vuelo por el mundo de lo inteligible cuando raya el crepúsculo vespertino, cuando ya la realidad ha cumplido su proceso de formación, cuando ya las cosas han llegado al límite de su plenitud... he ahí las fórmulas para retratar bellamente lo filosófico, favoritas del gran idealista romántico Hegel; se obvia ante ellas en el recuerdo aquello de los literatos románticos respecto de la misión del poeta:

Que el poeta en su misión
Sobre la tierra en que habita
Es una planta maldita
Con fruto de bendición.

Indudablemente si la filosofía levanta el vuelo al anochecer, si empieza su tarea cuando ya las cosas han llegado a su plenitud,

cuando ya son idas o pasadas, una condenación, una maldición pesa sobre el quehacer filosófico: la de versar sobre objetos muertos, inexistentes, fenecidos; la de suponer la muerte de aquello mismo sobre que lanza sus arpones. Filosofía y vida serán según estos términos antinómicos; filosofía vital resultaría una contradicción insuperable; entroncar la filosofía con la vida equivaldría a una pretensión absurda.

La lechuza, el ave de Minerva, simboliza evidentemente la *reflexión*, y ésta, en su acepción más obvia, significa un plegarse sobre algo ya existente, para captarlo de una manera plenamente consciente; además no cabe duda de que la pérdida de las cosas, el que éstas hayan sido o no sean ya, es la situación límite y a veces hasta lo único que nos invita a la reflexión; reflexionamos sobre la salud, cuando la hemos perdido, cuando estamos enfermos; reflexionamos sobre la patria, cuando estamos lejos de ella; reflexionamos en fin sobre la dicha, sobre la felicidad, en la miseria, cuando la felicidad es fenecida, y entonces la reflexión origina el *máximum de dolor: Nessun maggior dolore...*

A través de un dicho que se retrotrae a Platón y que se convierte en aforismo en la corriente del pensar filosófico, se coloca el horizonte del filosofar en la situación límite de la muerte: filosofía es la meditación de la muerte.

Esta matización de la tarea filosófica no deja de colorearla con las tintas, sino de lo maldito, por lo menos de lo tormentoso y triste. Si a ello añadimos que la reflexión de por sí es mero retraer sereno, algo dentro de lo cultural apolíneo, estatismo o equilibrio de líneas y sombras, un fijar de inercia o muerte, y que la *reflexión filosófica*, según lo dicho, versa sobre un objeto acabado, pleno, completo y por tanto en situación de equilibrio, sin tensión alguna, estaríamos en el caso de aplicar a la filosofía el consejo escriturario, cifra de condenación o reprobación: *dejad que los muertos entierran a los muertos.*

Patente el aspecto de condenación o maldición entrañado por la filosofía ¿será posible desentrañar dentro de lo filosófico algún

aspecto de bendición o de fruto bendito, por el que pueda aspirarse en el filosofar a misión auténticamente humana? ¿Cabría aplicar a la reflexión filosófica por lo menos el *felix culpa* o *el es necesario que haya herejías*? Cifrar la esencia de una cosa en una maldición o condenación puede ser mucho, algo o reducirse a lo meramente negativo o, cuando más, privativo. Evidente que la *culpa feliz* es algo, por lo menos en cuanto presagio de un redentor, así como lo escéptico, en cuanto revulsivo, resulta un acicate del pensar. Si en la filosofía va complicada con la maldición o tormento una función de tipo soteriológico, una visión y esperanza redentora, a más de unir el filosofar con el vivir, constituirá dicha función el mejor justificativo y apología del quehacer filosófico.

Parecía evidente que dentro de la filosofía hegeliana, autora de las fórmulas con que empezamos, era imposible esa redención del filosofar, al quedar reducido a algo muerto dentro ya de la misma muerte, y de ahí los reproches kierkegaardianos contra dicha filosofía por creerla incapacitada de conectarse con lo vital, al versar únicamente sobre lo hecho o acabado, sobre lo ya existente, no sobre el futuro, que es el horizonte de lo vitalísimo por esencia, de lo libre, equivalente a desequilibrio de tensión máxima, proyectada en lo porvenir. Y no obstante la evolución del pensamiento científico durante el siglo XIX constituye el mejor mentís a los reparos de Kierkegaard, al par que deja entrever algún matiz soteriológico de *culpa feliz* aun dentro de una filosofía tan radicalmente teórica o racional como la de Hegel.

De la filosofía de Hegel, que es júbilo y fiesta aun dentro del mero teoretizar, orgía de la severa razón—pase la paradoja—, pura lógica en una palabra, arrancan dos movimientos de tipo soteriológico, más o menos llamados al fracaso o fracasados ya; uno, el de la ciencia naturalística del siglo XIX, a través de la cual se convierte el saber en instrumento de dominio de la naturaleza; otro, el de la filosofía de la historia de Marx, mediante el cual la filosofía quiere alzarse señora sobre la suerte de la humanidad, señalando por adelantado a ésta leyes fijas e inmutables.

A través de ambos movimientos, uno señero en el orden de la naturaleza, y otro que aspira al dominio sobre la sociedad humana o sobre lo libre, sino se salva nada ni aun la filosofía misma que degenera en la miseria del naturalismo, por lo menos se alumbrará una ruta salvadora en dos sentidos, a saber: el de instrumentalidad u orientación que ha de dar sentido al saber, y el de profecía o presagio, llamado a restaurar la filosofía en su más auténtico quehacer, en el de alumbrar las grandes concepciones del mundo o de la vida cara al futuro, elevándose así ella misma al rango de *filosofía profética*.

Cierto que ya la misma palabra *reflexión* podía significar algo que aludiera a aspectos de la filosofía compatibles con el vivir: si por *flexión* se entiende no ya el mero volver sobre algo existente, sino algo así como la tensión que va unida en sentido de energía potencial a todo muelle o resorte, entonces *reflexión filosófica* podría denotar un estado de tensión del alma, incompatible con lo apolíneo e incluyendo lo orgiástico, y a través de esta tensión o desequilibrio cabría a no dudarlo la unión coherente entre los dos términos *filosofía vitalista o vitalismo filosófico*.

PROBLEMATICA DE LA HISPANIDAD

No de todo lo que se *dialoga* se puede en puridad dialogar, lo cual equivale a decir, que no todos los problemas son posibles o tienen razón de ser; denunciar esta apariencia del problema, velada por el *flatus vocis* o mera palabra, es asunto específico de la filosofía. Inventar palabras es algo, pero no es todo, como tener un vaso o un acueducto es también algo, pero menos de la mitad, si falta licor con que llenar el primero y agua que conducir por el segundo. Palabra sin sentido, mera emisión vocálica, se nos antoja perpetua orante que espera de rodillas y con los brazos abiertos la inspiración o favor de las alturas

Nuestra generación o la próxima a ella acaba de acuñar bellamente la palabra *hispanidad*, cuya hermosura ha provocado en su

derredor el vuelo de toda clase de seres animados, desde la industriosa abeja al vagabundo y parásito zángano; todos nos hemos complacido en tocar y manosear la bella creación vocálica hasta ajarla poco a poco y ponerla en peligro de que degenerase en algo seco y rígido, árido como la misma rastrojera.

La palabra hispanidad, ya por su forma misma de vocablo abstracto, estaba reclamando a poetas-filósofos y filósofos-poetas, que vertiesen en ella hasta hacerla rebosar, la ambrosía de las ideas platónicas, de los eternos e inmutables prototipos de las cosas, jerarquizados bajo el uno y el bien supremos; hispanidad había de expresar o *exprimir* el zumo de las más puras esencias hispánicas, había de ser cual forma purísima que transparentase esas esencias; hispanidad era término que estaba exigiendo la contemplación filosófica, como la sola capaz de darle sentido adecuado a la multiplicidad de sus posibles dimensiones.

Precisamente desde el punto de vista filosófico se nos presenta temáticamente la hispanidad como algo del todo virgen, cual selva inmensa por roturar, no obstante lo traído y llevado del vocablo. Se ha pretendido entrar en esa selva preñada de enigmas y encantos sin previa ruta o sendero a través de los corpulentos árboles que la pueblan; se ha llegado a conocer algunos de los gigantes de esa selva y hasta a señalarlos como hitos de exploraciones futuras, pero jamás se ha logrado, ni aun siquiera pretendido, abrir seguro camino cara la entraña y los más profundos escondrijos, donde late la esencia de la hispanidad. Ni aun siquiera se ha jerarquizado la problemática del tema, graduando la serie de cuestiones y los niveles de éstas en su posible adentración o altura hacia la esencia buscada.

Tal confusión, descarrío o perplejidad, vamos a hacerlos patentes con la brevedad de un esquema.

¿Cuál es el concepto prefilosófico, obvio por decirlo así, de hispanidad? ¿Qué objeto llena ese concepto como su contenido en el dicho estadio? Tales son los primeros interrogantes.

Si se asigna cual contenido de la hispanidad la historia de Es-



pañá, con ser aparentemente mucho y cosa clarísima, resulta algo por una parte tan yacilante como el concepto mismo de historia, y tan sujeto a confusiones, perplejidades y controversias como la esencia de esa historia por otra.

Dar por contenido de la hispanidad algo de tipo intelectual, o sea, un conjunto de adquisiciones del mundo del espíritu, lo impersonal de éstas no parece lo más a propósito para diferenciar específicamente esa forma o esencia de lo español frente a los demás pueblos del globo.

La pretensión de llenar el concepto de hispanidad a base de valores eternos debidos al pueblo español, a más de dejar pendientes los intrincadísimos problemas relativos a la mera *avaloración* y a la *valoración*, en el caso de la primera el resultado sería algo muerto con relación a lo actual, y en la hipótesis de la segunda, ésta en fin de cuentas no sería respecto de lo actual algo más que aquélla, y una y otra no podrían pasar de meros ideales, y aun esto tras haber sufrido una transformación filosófica, que convirtiera esos valores concretos en algo abstracto, exponiéndolos así a perder su eficacia vital.

No será mejor camino para la determinación del concepto que intentamos alumbrar como punto de partida, el cifrar la hispanidad en algo puramente físico, cual la raza en su acepción naturaloide, no en su sentido metafísico o espiritual; ni tampoco conducirá a gran cosa identificar hispanidad con tradición, ya que surge al punto el problema de los criterios que puedan discernir la verdadera o auténtica tradición española.

Echar mano para salir del paso a considerar la hispanidad como forma vital que constituye el ser de español, se nos antoja equivalente a definir la adormidera por la virtud dormitiva.

En cualquier concepto previo o prefilosófico que adoptemos en orden a dar contenido al vocablo hispanidad, nos saldrá al paso el siguiente dilema: ¿Es la hispanidad algo ya adquirido o existente, o algo no existente y por ganar o adquirir? Si es algo ya adquirido o legado a su plenitud, hoy resultaría muerto o acabado,

inerte y con equilibrio total; a nosotros nos quedaría reservado exclusiva y únicamente el vivir esa hispanidad de un modo naturalístico, sin libertad, como forma rígida; lo histórico se habría convertido al llegar a nosotros en natura, y si se trataba de un bien, las generaciones que fueron habrían trabajado, se habrían sacrificado para el goce nuestro, subordinándose así a nosotros como medios a fin, subordinación absurda tratándose en uno y otro caso de generaciones humanas todas plenamente iguales, y aun más absurda en este caso particular, por cuanto lo libre, superior de por sí a lo necesario o físico, se subordinaría a esto último.

Si para salir de todas estas dificultades, casi no más que aludidas, se aceptase que la hispanidad era algo aun no adquirido totalmente o llegado a plenitud, siempre cabría insistir en si llegará algún día en que esa plenitud advenga, o se trata de algo que jamás vendrá a su perfección o culminamiento. Optando por lo primero, urgen de nuevo las aporías que acabamos de exponer, y en la opción de la segunda parte de la disyuntiva, al par que se desdibuja esa forma específica o idea de hispanidad en lo indefinido del proceso, cabe preguntar si se intenta hacer de la misma una *entelequia*, en el sentido etimológico del vocablo, o sea, algo de carácter teleológico, y entonces se plantea el problema de la determinación de ese fin, que, sin ser el bien supremo del hombre, ha de ser libremente conseguido al par que señalado previamente de un modo necesario, con la consiguiente paradoja entre uno y otro aserto.

Tales son las aporías obvias al solo concepto prefilosófico de hispanidad. Ellas exigen la profundización del tema, transportándolo al mundo de las posibilidades y empezando por preguntarnos con todo el peso y rigor filosóficos:

¿Qué sentido puede tener el problema sobre la hispanidad?

¿Puede ser y cómo puede ser la hispanidad?



LA BATALLA DE LA HISPANIDAD

Como noción de contenido íntegramente humano, que flechaba, no ya un objeto estrictamente individual, sino individual colectivo, fué saliendo de entre brumas, descubriéndose o averándose la hispanidad a través de posiciones ya tajantemente contradictorias, ya polarmente opuestas. Aparecía en ellas la hispanidad como algo nebuloso, radicante principalmente en el hondón superracional español, en la zona volitivo-sentimental. Este choque de posiciones contrapuestas debe indudablemente denominarse *la batalla de la hispanidad*.

No puede negarse que en esta batalla hubo también lo suyo de tal en la acepción histórica-etimológica del vocablo: aprendizaje o ejercicio previo de gladiadores, mero ruido o zumbar, no ya de aceros toledanos, sino de armas de palo. Hubo, sí, lucha de sofistas, logomaquias; torneos puramente intelectuales o fuegos de puro artificio; pero este correr la polvora o luchar finjido atrajo no tardando por su vistosidad la atención de círculos más y más amplios de nuestro pueblo, el cual, siempre pasional, ardoroso, convirtió los juegos de cañas en juegos de lanza, poniéndose así los prolegómenos de la lucha cuyas heridas estamos aun restañando.

Lo que a través de la pluma no parecía más que una discusión inocente sobre si habíamos sido los españoles tales o cuales, sobre si eramos un pueblo sin civilización y sin historia o las teníamos sublimes, sobre si podíamos juzgarnos redimibles o estábamos irremisiblemente perdidos, se tradujo con rapidez insospechada en separatismos periféricos, corriente nihilista paliada con los nombres de región y regionalismo; siguieron no tardando contubernios inexplicables al parecer de tales aspiraciones pueblerinas y míopes con movimientos de tipo internacionalista y, finalmente, se llegó a prohibir el grito de *¡Viva España!*, como nefando, mientras se toleraba el de *¡muera!*

Torrentes de sangre se han vertido en torno de todo esto, pero, si alguna cosa ha de extrañarnos, es que frente a la ruina de

la misma España a que todo ello se encaminaba, no se hayan derramado antes y muy antes. El nihilismo, el suicidio de lo español es lo que únicamente explica los meritados conturbenios; el marxismo no podía tener en España la raigambre ni por tanto la mística que de cuando en cuando chispea en su modelo, el comunismo ruso, y por ello había de reducirse aquél a una exaltación de elementos negativos, que son los principales, por no decir los únicos, que brillan en las doctrinas de Marx: destruir, aniquilar, había de ser por tanto su principal consigna y por ello podía ensamblar tan bien con toda clase de separatismos.

Ante un nihilismo que, si por una parte era la anulación del ser de español, seguía por otra la táctica de mutilar lo volitivo-sentimental, factores ambos los más arraigados en el suelo hispano, brotó cual defensa en mortal enfermedad la sangre a raudales, sangre noble, generosa, nunca derramada por mejor causa. Y estaban tan hondamente arraigadas tales cosas en el alma española, que por extraña e inaudita paradoja no solo los azules alzaron bandera para defenderlas, sino que hasta los mismos rojos y ya mediada la contienda quisieron acogerse a los pliegues de la misma, proclamando su *voluntad de ser españoles*.

Quienes se habían dejado inficionar por la sofística materialoide de dirigentes muy por bajo no pocas veces y en todos los órdenes de los dirigidos, de dirigentes que habían comerciado primero con ideas, para después hacerlo con sangre, no perdieron ni mucho menos esa *voluntad de ser* tan española, tan nuestra, que lleva hasta la misma muerte: esa voluntad quedó en ellos amortiguada, enrarecida y como asfixiada por el ambiente pseudointelectual de consignas, mero oropel o fuegos fatuos, totalmente insostenibles al más ligero análisis y sólo aceptables como artículos de fé, de una auténtica fé, como la cristiana, que justamente pretendían suplantar.

Y así cuando exprimidas estas consignas sin que dieran algún zumo generoso que pudiera alimentar esa nobilísima voluntad de ser, se vió por los dirigentes rojos que su causa estaba no solo irremediable, sino también inminentemente perdida, con el fin de prolon-

gar un estado agónico, se echó mano del único recurso posible en orden a dicha prolongación, a saber: se apeló al llamamiento de lo más español, a esa *voluntad de ser* rubricada mil y mil veces históricamente con torrentes de sangre.

Tal fué el diabólico recurso arbitrado por los cabecillas rojos: apelar a Españas, después de haber tolerado sus ¡muertas! y haber prohibido sus ¡vivas!; fingir ante sus siempre engañados prosélitos una supuesta invasión de italianos y alemanes, intentando galvanizar así sus desilusionadas huestes, que ni podían, ni querían seguir luchando tan solo bajo el opio de consignas marxistoides, de resobados tópicos clerófo-republicanos, de máximas antirreligiosas y de supuestas reivindicaciones separatistas.

No importa gran cosa el inquirir hasta qué punto llegaron a galvanizar las nuevas consignas a las desalentadas huestes rojas: lo interesante es lo que patentiza tal cambio, que equivale, nada más ni nada menos, al derrumbamiento total de la concepción rojo-comunistoide, así como también a la impotencia de la misma para llevar la lucha a sus prosélitos, cuando en esa lucha se arriesga el máximo bien para ellos que es la vida material o terrena.

Pero aun no importando tal investigación, nos atrevemos a sentar que las almas de aquellos que militando en campo rojo murieron, engañadas, sí, por su fé en España, al par que habrán atraído los ojos misericordiosos del Altísimo, se habrán enlazado en estrecho abrazo con nuestros mártires, con los héroes de nuestra cruzada, realizando así en la ultratumba la unión entre izquierdas y derechas o, mejor, entre azules y rojos bajo la síntesis de lo español, unidad o síntesis que, modelando la que se ha de realizar aquí abajo constituirá el principio y mejor augurio de las grandes empresas hispánicas.

Si sobre los campos de batalla de la hispanidad se cierne *esa voluntad de ser*, cual figura radiante que besa las frentes de los caídos por España, al insistir sobre tal aspecto de la hispanidad en lucha, no hemos hecho otra cosa sino dibujar un nuevo problema sobre la misma hispanidad, a saber:

¿Qué es la voluntad de ser español?

LA NEGACION DE LA HISPANIDAD

Nada de esquemas previos oliendo a Hegel en que encerrar y matar esa hispanidad que presentimos tan rica en factores sentimentales y volitivos, en aspectos de valor. Tanto la negación cuanto la afirmación de la hispanidad son formas erístico históricas, horizontes dentro de los cuales se ha querido medir la declinación de esa estrella de primera magnitud en la historia; negación y afirmación de la hispanidad son ni más ni menos que dos astronomías o sistemas astronómicos del ser español.

La luz de un astro ya en su ocaso o plenamente desaparecido, fué la que iluminó o, por mejor decir, obscureció o deslumbró el problema de la hispanidad. Los fulgores de la Ilustración o Iluminismo, esplendiendo en España con harto retraso, cegaron las mentes y cerraron los corazones de unos cuantos pseudointelectuales, para quienes siguiendo los cánones iluministas lo humano equivalía exclusivamente a lo intelectual, y la cultura, civilización y progreso se cifraban en el saber puro o teórico. Ahora bien, si en el mundo ha existido un pueblo en el cual el saber haya tenido un sentido distinto del puro saber o se haya esforzado por tenerlo, ese pueblo ha sido indudablemente el español; en cambio de un saber exclusivamente teórico o puro, no hemos querido saber nunca o casi nunca en tierras hispanas.

La imposibilidad casi absoluta que grava en lo humano la existencia de un saber puramente teórico, apareció bien pronto en los propugnadores de la tesis negativa sobre la hispanidad; se vió no tardando que para ellos el saber, la cultura, el progreso no equivalían solamente a la ciencia matemática y ni aun tampoco a las físico-químicas, sino que abarcaba indudablemente las aplicaciones de una y otras, y sobre todo la serie de inventos o adelantos que caracterizan el siglo XIX, y el bienestar puramente material por ellos originado.

Se negaba la existencia de una España o de una hispanidad que significase no ya solo la pertenencia a la misma de teóricos a lo

Newton, Leibniz o Bernoullis, sino principalmente, aunque de una manera paliada, la tradición de una industria y comercio florentísimos, que hubieran hecho e hicieran del mundo un inmenso mercado español, y de los hombres, clientes explotados, cuando no esclavos que trabajasen por el descanso y ocio regalados de sus amos o señores.

Partiendo de apreciaciones tales en las que se mezclaba un sentido del saber de matiz iluminista hartamente degenerado, se negaba lo español, la hispanidad, el que fuéramos o hubiéramos sido algo en la civilización, el que hubiésemos hecho jamás aportación alguna a la cultura humana en cuanto tal. Saber, cultura, civilización y progreso se interpretaban en un sentido que arrancando de lo puramente teórico, degeneraba en lo meramente instrumental; la concepción del mundo o de la vida perdía su sabor cristiano, para revestirse de caracteres simplemente paganos o solapadamente hedonísticos de la más baja estofa.

Tales los primeros aspectos o especies en que se presentó la negación de lo hispano, la tesis negativa de la hispanidad; si discutible y hasta recusable totalmente la interpretación de los mismos, no por ello menos evidentes. Porque no cabía duda de que nuestro saber, el saber español estuvo siempre revestido de un matiz intensamente religioso, de que era un saber a lo divino, y de que, por tanto, si denunciaba alguna instrumentalidad, era simplemente en orden a Dios, la instrumentalidad hacia lo trascendente, que le daba sentido pleno al par que lo sublimaba. Nada en cambio de practicismo en dicho saber con miras al dominio de lo material; nada de acuciamiento en él por los bienes terrenos o por el camino que a ellos guíase, cuáles son las aplicaciones científicas originarias de la industria; si alguna vez fuimos Sanchos Panzas en nuestro saber, jamás a secas o sin mezcla de Quijotes. Quienes por tanto cifraban, aunque de una manera vaga o indefinida, la cultura, el saber o la civilización en algo de sabor materialoide, de puro dominio y goce de los bienes terrenales, era inútil y completamente baldío el que se esforzasen por encontrar un átomo de tales valores en lo rancia y genuinamente español.

La negación de la hispanidad, certera en sus juicios; si bien completamente equivocada en la tabla o jerarquía de valores base de aquéllos, evolucionó en sus asertos trasladándolos al campo de lo político y pretendiendo hallar en los errores del pasado, germen de la invertebración o atonía presentes, seguras enseñanzas cara al porvenir en orden a forjar una hispanidad, la única que habría existido y de que se podría hablar en lo futuro.

Tal estadio positivo hacia el cual evoluciona la negación de la hispanidad, a más de apoyarse en una falsa valoración, había de fracasar por completo en sus esfuerzos, por no disponer de otro bagaje filosófico sino de la interpretación logicista o metodal de Kant, pura epigonía que no pasa de intento al querer restaurar la gigantesca labor del filósofo de Koenigsberg.

Como todo lo metodal o proyectista tal base filosófica es algo que sofoca en su origen la acción creadora al señalarle determinados cauces que la hacen degenerar en pura imitación o mediocridad; por otra parte tales proyectos o arbitrios aparecen trazados no ya sólo de espaldas, sino frente o en contraposición a lo cristiano o católico, no yendo en último resultado sus vuelos más allá de lo puramente económico, del dominio de lo material; saben en una palabra a concepción marxista de la vida, aunque explícitamente nieguen todo parentesco con ella. Existían motivos más que suficientes para condenar por adelantado como totalmente infecundas tales ansias constructoras de la hispanidad, tesis que la realidad vino a confirmarla bien pronto. No obstante, no cabía negar que aun la misma tesis negativa de la hispanidad, cuyos rasgos más salientes acabamos de exponer, llevase implícita una afirmación de la misma, resultando así paradójicamente una averación de la *voluntad de ser* la negación de ese ser en lo pasado.

LA AFIRMACION DE LA HISPANIDAD

La negación de la hispanidad es timbre de alarma, cuyas vibraciones llegan hasta lo más íntimo de no pocos españoles, mo-



viéndolos a meditar sobre el tema de su ser propio de tales, de su yo colectivo. Fue tal meditación de claras analogías con la del asceta, que inicia la *fuga mundi*, el apartamiento de lo terrenal, al toparse con la nada del presente.

Ante la patentización de la nada del ser actual de español llevada a cabo por la antítesis hispanista, los futuros propugnadores de la hispanidad sintieron en torno de sí como la sensación del vacío, como el peligro de un naufragio inminente de su propio ser, estrechamente ligado con su ser de españoles.

Si la perspectiva del presente y la prospectiva del futuro no se presentaban a través de la negación de la hispanidad, sino como periclitantes en inminente naufragio el ser colectivo de españoles, la única tabla a la que por de pronto cabía acogerse para librarse del mismo no podía ser otra que el pasado. Así la afirmación de la hispanidad adoptó como carácter más destacado el de reivindicación histórica de todo lo español, entendiendo por tal cualquier género de saber, cultura, civilización o progreso que hubiera tenido su sede en la península ibérica.

Dentro de este rasgo el más saliente de la afirmación o defensa de la hispanidad, el perfilarse del mismo adquirió un tinte o matiz subidamente apologético, respondiendo a cada una de las negaciones de la tesis contraria, con otras tantas afirmaciones o apologías. A través de éstas los españoles no teníamos que envidiar nada a nadie, no ya solo en literatura o arte figurativo, sino hasta en ciencias teóricas como la matemática. No habiéndose tocado apenas en la antítesis española el aspecto histórico político, la tesis no relevaba este punto de vista, tan esencial por lo demás en la afirmación de lo español.

Cabía objetar contra la tesis o defensa de la hispanidad, presentada del modo dicho, el que averase uno de los asertos de la leyenda negra antiespañola, consistente en caracterizar a España como tierra de muertos, en hacer de lo español no algo que fuera o pudiera ser, sino meramente algo que había sido; a más de esto, es obvio que lo histórico tiene intenso sabor de inventario, y éste

viene tras la muerte; por último, el recuerdo ocioso aun de la misma gloria no es el mejor acicate de empresa, ya que no infrecuentemente se convierte en comodín para sestar y alimentar la indolencia más perezosa.

Ni remediaba absolutamente nada tales aspectos deprimentes, el que fuesen extranjeros quienes haciendo de testamentarios inventarían los bienes o riquezas que habrían sido; en fin de cuentas no juzgamos admisible el que glorias pasadas de eficacia vital en lo presente y para el futuro, el que famas que aun perduran o pueden perdurar dando aliento a todo un pueblo, se traten cual tumbas de faraones por científicos más o menos chamarileros. Tales entre otros los riesgos que se corrían reduciendo la hispanidad a la afirmación meramente histórica de la misma.

Cierto que frente a tales peligros, cabían aspectos muy aceptables en la afirmación de la hispanidad meritada. Si la antítesis hispanista aun en sus estudios ulteriores, o sea, en la fase proyectista o arbitrista de neta aspiración constructiva, apenas si iluminaba especie alguna o forma de transcendencia, es evidente que el acogerse a lo histórico indicaba, sino la transcendencia plena de lo español, el camino para lograrla. Ya una sentencia senequista había señalado, como lo esencial y básico en la vida individual, el pasado, que se erigía de este modo en el más sólido puntal de la personalidad humana en cuanto tal. La tesis histórica de la hispanidad trasladada el aserto del filósofo cordobés al ser colectivo, colocándose camino de llegar a la afirmación de lo español como algo trascendiendo el tiempo y por tanto dotado en cierto modo de la eternidad, aneja a los ejemplares o ideas platónicos; podía llegarse así a dar vida a esta idea, convirtiéndola en ideal o norma del futuro, que se iba actuando a través de un presente vivificado por la misma.

Si estos aspectos vivificadores o de realidad vital no aparecen siempre explícitamente alumbrados en la afirmación histórica de la hispanidad, se dejaban por lo menos adivinar en ella. Ni cabe reprochar como defecto que lo viciase todo, el que los propugnadores de la hispanidad en el aspecto indicado no llegasen a la afirma-

ción de una transcendencia integral de lo español: echaron los cimientos para ella y esto no es poco; además resulta indudable el que crearon con su labor, no ya ambiente de inventario, testamento o muerte, sino atmósfera histórica en el sentido pleno del vocablo, o sea, de victoria frente al tiempo con clara orientación para vencerlo o superarlo por medio de impulsos vitales, germinadores de nuevas formas de vida, basadas en lo pretérito.

NUEVOS HORIZONTES DE LA HISPANIDAD

En síntesis las dos posiciones, negativa y afirmativa de la hispanidad, vienen a sentar respectivamente que no somos nada porque jamás hemos sido algo, y que no somos, cierto, nada, pero que lo hemos sido todo.

En la primera, si no hemos sido jamás nada es indudable que nuestros ascendientes, los que habitaron el suelo hispano, son los responsables de tal falta de un ser colectivo de español. En la segunda, si después de haber sido algo y aun mucho hemos dejado de serlo, es común achacar tal cambio a los de fuera; concretamente, señálanse a través de la leyenda negra antiespañola los factores, extraños en su mayoría, causantes de la ruina de nuestro ser colectivo.

Convenían ambas tesis en apuntar expresamente al *otro*, no en modo alguno a nosotros mismos, a la generación actual, como origen de nuestro *no ser*, así como también coincidían en cierta ansia o propósito, más o menos decidido y eficaz éste, de crear el ser de español la primera, y de salvarlo a todo trance del inminente naufragio la segunda.

Si tanto en la afirmación cuanto en la negación de la hispanidad aparecía el punto de vista del *otro* como germen o causa, se corría el peligro de atribuir también nuestro propio ser, no a nosotros mismos, sino precisamente a ese *otro*; la distinción entre causa impediendo y causa propiamente eficiente podía salvar, sí, tal peligro, pero siempre quedaba aminorada esa misma génesis o ger-

minar de nuestro ser o de nuestro no ser, cual si se tratase de algo meramente natural, de un surgir puramente mecánico e involuntario, y no de un forjar el ser de español o la hispanidad por medio de impulsos libres, creadores, frente a los cuales los obstáculos o causas impeditivas no montasen sino para relevarlos o hacer crecer su potencialidad arrolladora.

Elevando el problema que plantean ambas tesis, cabe preguntar si esa hispanidad se reduce a algo cumplido o realizado, a un *quodquideratesse* escolástico en el sentido exacto de traducción literal del TO TI EN EINAI aristotélico, o si hay que concebirla como algo en proceso, sí, indefinido y nunca totalmente cumplido o realizado, pero sin estar empero sujeta a leyes rígidas en su continuo advenir o llegar a ser.

Con tal disyunción quedan apuntados los intrincadísimos problemas de las realidades o *formas históricas*, teniendo en cuenta la oposición entre lo necesario y lo libre, entre naturaleza e historia. Resolverlos a través de meras influencias geográficas, de factores raciales o de algo puramente natural parecido, puede ser hasta expeditivo, pero jamás satisfactorio o convincente: a nadie que haya sentido latir en lo profundo de su ser el impulso de lo libre, puede ni persuadirle ni agradarle toda esa literatura de terruño o campanario que busca al hombre en la geografía, y no la geografía en el hombre, entendiéndolo naturalmente por ella en este segundo caso las modificaciones que el esfuerzo humano ha producido y produce en el ambiente geográfico.

Una filosofía profética, esencialmente orientadora y no meramente espectadora, no podía contentarse ni aun con los intentos modernos (Dilthey y su escuela) de llegar a la captación integral de lo histórico a través de una intuición *sui generis* o comprensión (*Verstehen*): sin duda que intentos tales suponen un avance en el planteamiento de los problemas de la historia al propugnarse por su medio la separación definitiva entre las ciencias de la naturaleza y las llamadas, del espíritu, separación cuya raíz ha de buscarse en una ontología distinta en unas y otras. Mas el horizonte

en que planea las mismas cuestiones una filosofía profética es mucho más amplio: tal horizonte es sencilla y simplemente el de la transcendencia plena, que ve en las formas históricas no ya solo un mero *quodquideratense* rígido o de perfil fijo e inmutable, o una forma vital que venció lo pretérito para pervivir como algo logrado con derecho a perennidad en nuestro recuerdo, sino una esencia o entidad que exige pervivir en el presente y futuro como algo dinámico, activo, realizando, sino la eternidad, por lo menos la eviternidad.

Una forma histórica con transcendencia plena en la manera dicha, ha de concebirse cual energía potencial que, sin forzar la libertad humana, la oriente en un sentido determinado, originando una atmósfera de acción, de empresa cara al porvenir. Toda forma histórica es para nosotros una entelequia en el sentido primario y etimológico de la palabra, toda dinamismo orientador, ley histórica impresa en la mente y el corazón de un pueblo; ley histórica, en el único sentido aceptable del vocablo, o sea, no cual puro artificio mecánico que rebaja el hombre a mera natura, sino como impulso que da fuerzas a más de orientar lo volitivo en cuanto tal. Entendemos finalmente por forma histórica la posesión vivida del pasado, que por lo tanto no es ya mero recuerdo, pura arqueología o museo, algo acabado o muerto, sino apoyo de donde irradian tanto orientaciones, cuanto impulsos o energías; es lo pretérito no gravitando cual peso inerte en el aula magna de la memoria, o en la voluntad cual responsabilidad inhibidora que obstaculiza la obra por no obscurecer o macular ese pretérito, sino convirtiéndose en alas que impulsan hacia horizontes nuevos donde actuar esa responsabilidad, no ya por inhibición, sino por superación o sostén de donde arranca el vuelo.

Alumbrado así de un modo general el problema de la hispanidad o de lo español en cuanto forma histórica con transcendencia plena, y por tanto no solo respecto del pasado sino también cara al porvenir, surge obvia el interrogante sobre la esencia o *quid* de esa hispanidad, sobre sus notas para que alcance esa plena transcendencia.

La primera aporía o dificultad que se nos presenta en tal horizonte del problema es la que enfrenta lo español con lo humano, la hispanidad con la humanidad, lo individual o concreto con lo general o abstracto.

Si el *quid* o diferencia que especifica lo español es algo humano, ya no será español, y sino es humano, o habrían de ser considerados los españoles como superhombres o superraza, y entonces serían una especie distinta, o se trata en fin de cuentas de meras diferencias accidentales, que no justifican el vocablo ni la existencia de una hispanidad como forma específica o especial dentro de la historia humana. Nos hallamos en el fondo frente al intrincadísimo problema de la individualidad, llevada aquí al terreno colectivo.

Podemos plantear la misma cuestión en los siguientes términos: ¿Cómo se relaciona la hispanidad con la humanidad, la historia de España con la universal, la transcendencia plena de lo español con el trascender de lo humano? ¿Ha de concebirse lo humano como algo abstracto o universal que se va realizando en las diversas formas históricas de los distintos pueblos o son precisamente estas formas lo específicamente humano, que fuera de las mismas se reduce a pura abstracción sin sentido o significación histórica alguna? ¿Cuál es en una palabra, caso de que exista, la esencia de lo universal histórico? ¿Es mero universal de extensión o predicabilidad, o se trata en él de una universalidad de otro género, típica y que origina como base ontológica las ciencias del espíritu frente a las ciencias de la naturaleza?

Aparecerá tocado, siquiera nada más que marginalmente, este grupo de problemas, al tratar de descubrir temáticamente en qué consista la esencia de la hispanidad.

HACIA LA ESENCIA DE LA HISPANIDAD: *Mortis despectio*

Abramos camino para llegar al tuétano de la hispanidad, por medio de una nota en la apariencia, que no en la realidad, negativa. Ya en la tradición senequista, aceptando a Séneca como el filó-

sofo cifra en algún modo de lo español, aparece como eterna cantinela el *desprecio de la muerte*, andando el tiempo se expresará tal desprecio por medio del españolísimo mote o consigna del *no importa*.

Despreciar la muerte es lo mismo que no tener en nada la vida material o terrena cuyo término es la mortaja. Despreciar la vida material o terrena no significa ni mucho menos el desprecio del propio ser, sino el aprecio o estima máximos del mismo, ya que solo la creencia en un ser trascendente el tiempo, puede llevarnos al desprecio del ser temporal, sumergido en la triple dimensión del pasado, presente y futuro, y como ahogado y limitado por ella. Despreciar este ser material o temporáneo equivale a saltar esa triple dimensión, situándonos más allá de la misma, en lo eterno o eviterno. Despreciar la muerte es querer entroncarnos para siempre con la vida, con el origen eterno, infinito y trascendente de donde esa vida brotara: despreciar la muerte es amar la vida.

Nuestra historia está llena de rasgos colectivos que caracterizan lo español y la hispanidad con esta nota de transcendencia, con el desprecio de la muerte que es amor de la vida eterna, con el *no importa* lo terreno que cifra un *importa* lo trascendente.

Y si la hispanidad *importa* o entraña en su meollo el desprecio de la muerte, el de la vida terrenal, el *no importa* de una y otra ¿qué hemos de decir de los restantes bienes materiales, siempre subalternados o de orden inferior respecto de esa vida?

La historia de otros pueblos de nivel infrahumano o semihumano—más que historia mera natura—habrá podido dar pábulo y aun sostén a la teoría marxista sobre la historia, pero será muy difícil encontrar en las gestas de España el menor fundamento para aquélla.

Los españoles, por humanos, hemos sido esencialmente hombres de ocio, hemos buscado los bienes materiales única y exclusivamente para hallar *por su medio* un hueco donde encontrar nuestro espíritu, nuestra alma, nuestra libertad, para ensimismarnos, en una palabra. Los bienes terrenos han sido por tanto para nosotros solo medio, jamás fin: no hemos apetecido las riquezas por los riques-

zas, no hemos atesorado numerario por el numerario, no hemos negociado por ansia del negocio mismo o del lucro, sino únicamente para satisfacer o, mejor, superar las necesidades materiales más primitivas y hacer posible el ocio; la entrega a lo espiritual y aun la libertad misma del espíritu; aun dentro de esto, nuestra tradicional austeridad ha tenido suficiente con una exigua cantidad de bienes terrenales.

Somos un pueblo de ascetas y místicos que con un *mínimum* satisface sus necesidades materiales para crear un *máximum* de posibilidades espirituales; hemos enriquecido lo humano con esta dimensión de tipo ascensional hacia el Infinito. De ésta no podrá predicarse jamás el que sea demasiado humana, en el sentido de mediocre o común, de universal de extensión, sino que está dotada de otro tipo de universalidad, cuyos caracteres irán dibujándose en lo que nos resta por meditar en este trabajo.

Uniuersi non partium persona

Como segunda nota característica de la hispanidad al parecer también de carácter negativo, señalaremos la *ausencia de particularismos*: España ha sido siempre *uniuersi, non partium persona*. Al alumbrar esta propiedad de lo español vamos a toparnos con ese sentido especial de lo universal histórico, con esa universalidad de lo hispano, que hemos anunciado anteriormente como problema.

A través de nuestra historia pudieran encontrarse gestas en las cuales el desprecio de la muerte se suele presentar como al servicio de tribus o regiones, de la nacionalidad o de la raza: no estimamos que sea justa tal interpretación. No hay realmente tal servicio de tribu, región, nación o raza: a través de esas gestas despreciamos la muerte y ofrendamos la vida a la fidelidad de la palabra empeñada, en el altar del derecho o, principalmente, en aras de la religión; solo al servicio de valores tales y nunca al de particularismos se vertió sangre española, como testimonio del desprecio de la muerte y del amor de una vida eterna.



El aspecto positivo de esa ausencia de cualquier género de particularismos luce meridiano en las *empresas universales* a las que va unido medularmente el nombre de España: en ellas es donde va a aparecer lo universal histórico, base principalísima de nuestro estudio.

No confiere universalidad a una empresa ni la amplitud o extensión geográfica, ni la inmensidad de resultados o logros económicos, ni algo que se cifre en lo puramente material: todo esto, en cuanto tal, es radicalmente limitado, individuo, no ya sólo en extensión, sino también en ese otro aspecto de la universalidad, distinto del de extensión: en la universalidad de comprensión o histórica.

La universalidad de empresa, que es esencialmente universalidad de sentido, presenta como uno de sus principales caracteres el de universalidad de tipo fecundo o creador; entraña medularmente la revelación de valores incógnitos, ignorados, pero trascendiendo la zona puramente cognoscitiva o aspectal, une a dicha revelación cierta virtualidad creadora, de propagación o extensión, no ya puramente natural, sino libre, específicamente humana.

Gira dicha empresa en torno de un bien espiritual, que por tanto no se agota o desaparece con la comunicación o entrega, sino que revela su naturaleza inmaterial en la tendencia a comunicarse. Se cumple en ella a maravilla el axioma escolástico referente al universal de extensión: *de ratione universalis est unitas et communitas*. Es esencial también a este universal histórico o de empresa no ya sólo cierta unidad de tipo dinámico o teleológico, sino la comunidad o comunicación indefinidas de su sí mismo. Su fecundidad es inagotable; una vez descubierto o revelado un valor a través de la empresa universal, el ser espiritual del mismo consiste en la tendencia a comunicarse indefinida e inagotablemente.

La empresa universal no es algo abstracto, inconcreto, indeterminado, sino por el contrario su ser se obvia individualísimo, concretísimo y dotado de propiedades múltiples, que delatan un grado de perfección elevada; de aquí sus diferencias con el uni-

versal de extensión, pobre de notas, y alejado de todo lo individual y concreto. La empresa universal, en una palabra origina un universal concreto o de comprensión, cuya universalidad radica no ya en lo magro o escuálido de una entidad que se repite, precisamente por lo exiguo de sus notas, en seres indefinidos, sino por el contrario en cierta riqueza potencial o de fecundidad, que presta comunicabilidad de radiación indefinida al valor descubierto y potenciado por la dicha empresa.

Nomen Nibili

Con el vocablo de *anonimato* o de no importa el nombre, designamos la tercera nota esencial de la hispanidad, cuyo dilucidamiento va a ser término de nuestra meditación.

El anonimato tiene dos aspectos: uno el de ausencia de nombre e inefabilidad, y otro el de renuncia libre del mismo, aun existiendo. En el primer sentido decimos que Dios es inefable, porque no hay palabra alguna que pueda ser signo ni aun remotamente de la infinitud de la divinidad. En el segundo aspecto es aplicable, el anonimato al héroe cristiano o santo, v. g., que se niega a sí mismo, no a la manera quietista india para ver absorbida totalmente su personalidad por la divinidad, sino para orientar su acción libre, constitutivo esencial de la personalidad, a la gloria del Creador y así acercarse cada vez más—valga la paradoja—al Infinito.

El anonimato, nota característica de la hispanidad, es este segundo: un anonimato muy semejante al que nos ha servido de ejemplo y que caracteriza a los santos.

El español se entregó siempre a empresas universales, puso todo su ser en las mismas, sin importarle un comino el que su propia personalidad se esfumase y como desapareciese en ellas: la altura de la empresa así lo exigía, y al emprenderla aceptaba gustoso tal sacrificio.

Esta tendencia al anonimato la hallamos en todos los órdenes de la vida española de empresa, desde el literario al misional.

A dicha tendencia estimamos que obedece el que dos de las obras maestras de nuestra literatura, sino anónimas, aparezcan de algún modo bajo la ficción del anónimo: tal es el significado de la invención del Cidi Hamete Benengeli en el Quijote y del bachiller Fernando de Rojas en la Celestina. En las empresas literarias como en las guerreras los españoles aparecen como

Largos para facellas,
Cortos para contallas.

Si de los órdenes literario y guerrero pasamos al misional, como los más destacados en lo español ¿qué otra cosa sino esta tendencia al anonimato puede explicar en lo humano, aparte la gracia sobrenatural, la gesta anónima del misionero? Y el pueblo no solo creador de las misiones, sino primero en ellas es indudablemente el español.

Negativamente aparece también esta misma tendencia en la ausencia del feudalismo, el cual nunca cuajó en tierras españolas. En lo español ha habido cortesía, ceremonia y hasta eso que los extranjeros llaman orgullo, realmente dignidad para ellos incomprendible, pero nunca algo que oliese al rebajamiento próximo a la esclavitud del feudalismo. El más pobre hidalgo castellano se consideraba en su anonimato igual al mayor potentado del orbe, y por considerarse igual no admitía la esclavitud de nadie, por no estimar a nadie inferior a sí mismo.

El anonimato lo daba también el carácter netamente universal y por tanto espiritual de la empresa: busca el nombre, quien busca algo perecedero, cual son las riquezas, honras externas y aun la misma fama; pero sobre riquezas, honras y sobre la fama misma coloca el español la empresa universal, dentro de la cual su individualidad se esfuma, para trascender a través de la obra creadora.

Desprecio de la muerte por amor de la vida.

Ausencia de particularismos por ansia de empresa universal.

Anonimato en busca de lo transcendente.

He ahí las tres notas que constituyen la esencia de la hispanidad, entendida ésta no cual mera forma histórica del pasado, sino como energía potencial, como potencia fecunda que actúa y actuará siempre el obrar español, orientándolo cual norma de su libertad creadora.

¿Se puede hablar de Hispanidad?

A través de las consideraciones que preceden quedan dilucidados los problemas planteados en las dos primeras secciones de nuestra labor; colofón de todo van a ser unos como paralipómenos sobre la rúbrica que encabeza estas últimas líneas.

La hispanidad no es algo específicamente distinto de lo humano, sino que es el descubrimiento y realización de dimensiones humanas de tipo ascensional o transcendente. No son dimensiones demasiado humanas, pero tampoco superhumanas: el anonimato viene a demostrar paladinamente que si existe algún pueblo o raza enemiga del superhombre, tanto individual, cuanto colectivo, ese pueblo es el español. Ahora bien, si a través de las notas características de la hispanidad, resulta que ésta más que hispanidad es auténtica y legítima humanidad, mucho mejor. Por tanto, si como conclusión de todo lo meditado quisiera inferirse que lo español es lo humano mismo de tipo ascensional a transcendente, no tendríamos por qué oponer reparo alguno; es más, si a alguien le ocurriese ver cual corolario de nuestra meditación que la hispanidad no existe o que no se puede hablar con propiedad de ella, por exigir las notas esenciales que le hemos adjudicado la transcendencia en el espacio y en el tiempo, o sea, el mundo entero y la eternidad, no tendríamos que objetar nada contra secuela al parecer tan peregrina.